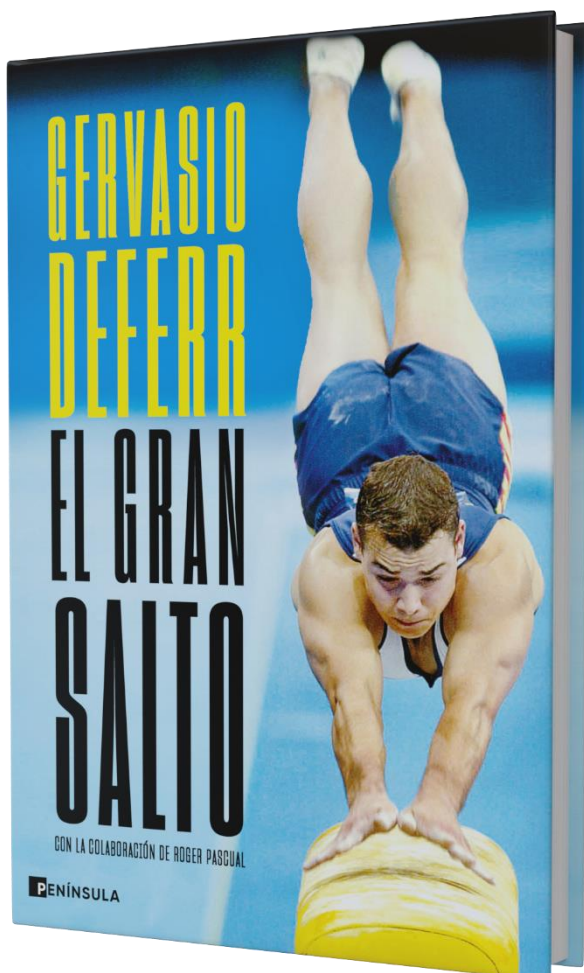


PENÍNSULA



GERVASIO DEFERR

EL GRAN SALTO

La historia de superación y perseverancia de uno de los campeones olímpicos españoles más laureados.

A LA VENTA EL 23 DE FEBRERO

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

***Material embargado hasta publicación**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 689 771 980 / E: easpas@planeta.es

SINOPSIS

«La mayoría de la gente solo sabe de mí que gané dos oros y una plata olímpicas en gimnasia y que me quitaron una medalla mundial por un porro, pero muy pocos saben el precio que pagué por la gloria y todo lo que sufrí antes y después de mi retirada.

Desconocen que para construir el Gervasio Deferr campeón olímpico tuve que convertirme en un *killer* y encerrar en el sótano a Gervi, mi otro yo; que cuando me bajé de la palestra, el alcohol inundó mi vida hasta que pedí ayuda para no ahogarme definitivamente en él; que muchos solo ven las medallas, pero no a la persona que sufre como cualquiera y que está sometida a la presión de jugárselo a todo o nada en un minuto cada cuatro años. Y que, tras veinticinco años dedicándome en cuerpo y alma a la gimnasia, tuve que empezar de cero, como tantos otros compañeros de deportes minoritarios.

Casi diez años después de bajarme del podio encontré mi lugar en el mundo y lo hice en La Mina, uno de los barrios más estigmatizados de España. Exorcizado el fantasma del suicidio y habiendo hecho las paces conmigo mismo y con la gente que realmente me importaba, la gimnasia me devolvió el equilibrio perdido. Aquí estoy, sin filtros ni edulcorantes, esta es mi verdad.»

EL AUTOR



Gervasio Deferr, hijo de padres inmigrantes argentinos, nació en 1980, en Premià de Dalt. Desde pequeño cosechó varios éxitos en la gimnasia artística, pero su culminación llegó con el oro en salto en los Juegos Olímpicos del 2000, en Sídney. Su caso por dopaje en 2002 le hizo perder la plata del Mundial de Debrecen, pero dos años después se redimió y logró el oro en salto en Atenas. Su última participación en los Juegos Olímpicos fue en Pekín 2008, donde se hizo con la medalla de plata en la disciplina de suelo.

Con treinta años se retiró del deporte de competición, pero no lo dejó por completo, ya que tras su retirada ha ejercido como entrenador de alto rendimiento y director de su propio gimnasio en el barrio de La Mina, cerca de Barcelona.

EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO

La mayoría de la gente solo sabe de mí que gané dos oros y una plata olímpicas en gimnasia artística y que me quitaron una medalla mundial por un porro, pero muy pocos saben el precio que pagué por la gloria y todo lo que sufrí antes y después de mi retirada.

Casi diez años después de bajarme del podio encontré mi lugar en el mundo y lo hice en La Mina, uno de los barrios más estigmatizados de España. Un lugar tan señalado como me he sentido yo siempre. Exorcizado el fantasma del suicidio y habiendo hecho las paces conmigo mismo y con la gente que realmente me importaba, la gimnasia me devolvió el equilibrio perdido.

GIMNASIA EN LA SANGRE

Estoy en el suelo de la habitación de la Villa Olímpica de Sydney, con la sangre brotando de mi pierna como un volcán en erupción, tiñendo de rojo la moqueta azul y cagado de miedo. Pensando que me acabo de joder por gilipollas los primeros Juegos Olímpicos de mi vida.

Mi primera voltereta en Sydney no ha sido exactamente como yo me la imaginaba. Parezco una marioneta a la que le han cortado los hilos. En ese momento me viene a la cabeza la frase que siempre me dice mi madre: «Hijo, qué torpe eres en el suelo con lo ágil que eres en el aire». [...] Y cuando dirijo los ojos encharcados en lágrimas hacia mi pierna, veo más sangre que una película gore. No me lo puedo creer. Me sale la sangre a borbotones del agujero del tamaño de una moneda de dos euros que me he hecho con el marco de la ventana.

HACIENDO LO NUESTRO

—¿Este niño de quién es? — pregunta con curiosidad en el puesto de las verduras.

—Es el de Patricia — le contesta, lechuga en mano, la tendera, y señala el puesto de congelados.

Nuria, que es una joven estudiante y amante del deporte, se acerca hasta allí sorteando carritos de la compra multicolores llenos de barras de pan y bolsas de frutas y verduras.

—Sí, sí, el mío es el que no para de subirse a todos los lados — le responde mi madre con una sonrisa, mientras alarga el brazo para darle una bolsa de mejillones a una clienta.

—Ya he visto, ya... Pero también me he fijado en que cuando cae no se pone a llorar, como los otros.

—Qué va, si es que este bichito es muy cabezón — explica mi madre—. Se cae, vuelve a mirar y sube por otro lado. No para hasta que lo consigue.

—Ah, pues tráemelo. Soy monitora de un gimnasio aquí al lado y con las colchonetas, si se cae no se hará daño — le propone Nuria.

Al principio solo voy dos horas a la semana, pero al cabo de un mes la profe le propone a mi madre que me lleve cada día. [...] No nos cobra más porque la chica dice que nunca

ha visto nada igual. Y también prefiere que yo entrene solo porque cuando entreno con los demás intentan copiarme y se hacen daño. Pero al cabo de seis meses, un viernes lluvioso después del entrenamiento, Nuria habla con mi madre:

—Mira, yo ya le he enseñado todo lo que sé y el niño no para de aprender. Hay que darle más porque pide más.

«Dios, esto es el paraíso», pienso, asido con mis pequeñas manos a la barandilla desconchada. Deslumbrado por la visión de todo aquello. Hay paralelas, barras, anillas, camas elásticas, potros, fosos... Con cinco años no podía ni imaginar que existiera un lugar así en el mundo.

Porque, por mucho que haya tenido diferencias con mi padre, por mucho que hayamos chocado, es un tipo al que se lo debo todo. Otros padres igual hubieran dicho que llevar al niño a hacer gimnasia hasta Barcelona era demasiado lío y costaba un dinero que no tenían, y me habrían apuntado a cualquier extraescolar por Premià.

A LAS COSAS POR SU NOMBRE

A mediados de los años ochenta la gimnasia se enseña de forma dictatorial. En mi primera semana allí descubro que en lo que yo creía que era un paraíso también hay sombras, malas hierbas y peores bichos. El primer pajarraco con el que me topo se llama Marasescu. [...] Aquel entrenador rumano me pega unas hostias que te cagas con la varilla de la cinta de rítmica para que apriete las piernas. ¡Zas, zas, zas! [...] Cuando se van, pienso que lo peor ha pasado, pero ando muy equivocado. El cielo sobre la Foixarda se oscurece tres o cuatro tonos más con la llegada del siguiente entrenador: Enric.

[...]siempre llego tarde a la Foixarda. Y, sea un minuto o diez, me espera lo mismo: bronca y a ver el entreno desde la grada. Así casi todos los días durante medio año. [...] Hasta que un día, con siete años, me hartó y digo basta.

—No vuelvo más — le digo a Enric.

—Pues vale. Pues adiós — me contesta. Sin pestañear. Cero empatía.

Tres meses después me llaman para decirme que han degradado a Enric, que ya no tendré que entrenar con él nunca más y que ya puedo volver.

Cuántos campeones potenciales se habrán perdido por un mal entrenador. No sé cómo habría sido mi vida si no me hubieran venido a buscar de nuevo, pero sé que sería una vida en la que aún no tendríamos ninguna medalla olímpica en gimnasia masculina. Ahora tenemos cuatro, las tres que logré yo y la que ayudé a ganar a Ray Zapata, sacándolo de Lanzarote cuando nadie le quería dar una oportunidad.

Flipo con el sacrificio que hace Pablo de acompañarme mil y una tardes a la Foixarda cuando él ya ha sido apartado, de quedarse con mi madre esperando en la recepción. Siempre protegiéndome, alegrándose por mí y sin demostrar estar jodido

Al principio destaco, aunque tampoco mucho, porque hay otros que son mejores que yo. Eso lo descubro en mi primera competición. En 1989, los que entrenamos en la Foixarda nos vamos a Burgos para participar en la Copa de España. El sistema de competición es un todos contra todos, de manera que yo, con tan solo ocho años, me enfrento con gente de veinticinco que ya está en la selección absoluta. No puedo con los adultos, por supuesto, pero tampoco con los que me sacan un par de años.

VIDA EN MARTE

Es tan ilógico, tan irresponsable que yo esté en Estados Unidos con la situación en la que estamos en Premià, me siento tan diferente a los demás, aquello está tan mal en tantos sentidos... Sé todo lo que han hecho mis padres para que pueda estar ahí y sigo pensando que no tendría que haber ido de ninguna manera.

Cuando, después de dos semanas, pillamos el vuelo de vuelta, pienso: «Por fin se acaba esta tortura». Intento justificar el despilfarro diciéndome que cuando empiece a ganar medallas de las buenas podré cambiar la vida de mi familia, devolverles todo lo que han hecho por mí. Qué iluso soy. Sabré mucho de gimnasia pero muy poquito de la vida, y esto no es el fútbol, el baloncesto ni el tenis

Nos ponemos a entrenar, pero no les quito el ojo a nuestros nuevos vecinos. Especialmente a un veinteañero rubio con una luz especial: se llama Vitaly Scherbo, todo el mundo habla de él y se irá de Barcelona con un récord de seis oros olímpicos de los ocho que podía ganar. Observando sus movimientos y los de sus compañeros, con sueltas más arriesgadas y ejercicios más difíciles, siento que están haciendo un deporte distinto del que llevo practicando y viendo desde hace seis años.

ASÓMATE

Siempre me he sentido diferente por tener menos recursos y por ser de fuera. No por ser de fuera de Gijón, Valencia o Sevilla, sino sudaca, pese a haber nacido aquí. A los doce años añado un estigma más: ser hijo de padres divorciados cuando casi nadie lo es.

Pablo y yo nos vamos a vivir a El Masnou, con mi padre y su nueva pareja, y a mi madre la vemos muy poco hasta que empieza a tener algún ingreso. Al principio quedamos con ella solo — y con suerte— una hora al mes en la estación de tren de El Masnou. [...] Además de nosotros dos, en esos encuentros tan extraños también vienen mi hermano Pablo y Salva, la nueva pareja de mi madre. Si siendo adulto resulta complejo enfrentarte a situaciones así, lo es más cuando eres un niño. [...] Al principio la verdad es que eso no es fácil de asumir, pero Salva también se gana rápidamente nuestro cariño, que seguirá intacto e irá in crescendo a lo largo de los años.

Me paso toda la infancia cansado. Me duermo en el coche y me despierto en el coche. Aun así todo vale la pena, porque es el peaje necesario para poder cumplir mi sueño. A las seis de la mañana me levanto para estar a las siete en la puerta del CAR de Sant Cugat, al que he empezado a ir a entrenar con once años, tras seis en la Foixarda [...]. [...] con trece años hago mi primer doble mortal y en una semana ya paso de hacerlo agrupado, con las piernas encogidas, a realizarlo en plancha. El primer día lo probamos en el foso, repleto de cubos de espuma para amortiguar la caída, y al siguiente ya sobre el tapiz. Pim, pam. Aprendo muy rápido, me lo paso bien y empiezo a madurar como gimnasta.

Es a los quince cuando emerge definitivamente un Gervasio radical, que dice «nunca más». En aquel momento estoy seguro de que o me hago un caparazón o me voy a la mierda. Tengo que esforzarme para sacar el diablo que tengo dentro, porque yo no soy un *killer*, sino un puto oso amoroso. Y no puedo seguir siendo ese Gervi de terciopelo al que le rozan y ya se le cae una lágrima.

CO

Lo que más me cuesta de irme a vivir al CAR es separarme de mi hermano. [...] Pablo siempre me apoya. Y yo a él. Desde niños nos hemos cuidado muchísimo. Aunque soy más pequeño, en el cole salgo un par de veces a defenderle.

Antes de irme al CAR, mi hermano me hace mi primer tatuaje, un corazón cerca de la ingle hecho con la punta de un compás y tinta china. Él dibuja muy bien, va a clases con Gusi Bejer, dibujante argentino de la hostia y amigo de nuestro padre. Si a Pablo se le da tan bien dibujar, pienso que sabrá hacer un corazón. Al día siguiente, cuando me miro en el espejo del baño, compruebo que más que un corazón parece... una albóndiga.

—Conmigo no vas a estar nunca en la selección absoluta.

Así de claro me lo deja Marco Antonio Vázquez Moratinos en el gimnasio Moscardó de Madrid. Es el entrenador de Jesús Carballo, al que ha llevado a ser campeón del mundo de barra fija. [...] Desde que ha llegado Marco Antonio como seleccionador se ha reavivado la eterna batalla Barcelona-Madrid, una pugna que siempre ha estado ahí.

A los quince, yo no soy el mejor. Pero como mi objetivo es serlo, le digo a mi padre que quiero dejar de estudiar para centrarme en preparar los Juegos Olímpicos de Sydney-2000.

—Si no gano me retiro y me pongo a estudiar de por vida lo que quieras. Pero dame la oportunidad de que me pueda centrar al cien por cien en la gimnasia a ver hasta dónde soy capaz de llegar.

A pesar de haberme metido en la final en mi primer campeonato internacional, Marco Antonio no me convoca para el Europeo de 1998, en el que compito en categoría júnior.

SUBIDAS Y BAJADAS

Vuelo a Barcelona después de haber pasado apenas veinticuatro horas en Río de Janeiro. Con la pierna en alto todo el trayecto porque me tienen que operar. Todo por culpa del entrenador del equipo femenino. Acabo de tener el primer roce con Jesús Carballo padre, pero no será el último.

Dentro de lo malo, no me tengo que operar. En un mes ya estoy volviendo a saltar y llego a tiempo para disputar en abril el Europeo júnior de San Petersburgo. En Rusia es donde descubro (o descubren algunos) que mi sueño no es tan ilusorio como creía(n).

En China es donde tengo el primer gran choque con Carballo padre. [...] En mi mente, Carballo sénior solo es el tío que cuando estamos en el gimnasio Moscardó de Madrid no nos deja ni ir a la sala de las chicas a verlas entrenar. Por supuesto, si no nos deja hacer eso, tampoco nos permite hablar con ellas. Ni acepta que ellas se acerquen a nosotros. Es muy posesivo con sus niñas.

Y que Gervasio Deferr sea el primer campeón olímpico español y no su hijo, Jesús Carballo, cosa que ellos siempre habían querido, hace que el fuego en su mirada suba aún más. Los Carballo no saben ganar medallas olímpicas. Por eso tienen cero y yo tengo tres.

Con su hijo no hay ningún problema, nunca hemos sido enemigos. Polos opuestos sí, pero no rivales. La gente nos ha intentado enfrentar muchas veces, pero nunca lo ha conseguido. [...]Es un tipo inteligente y tenemos un humor similar. Nos hemos reído mucho, hemos compartido bromas y confidencias en una piscina a las tres de la mañana en Suecia.

Lo que no sé en aquel bus de Sídney son otras cosas que saldrán después a la luz, cuando en 2012 dos exgimnastas, Gloria Viseras e Irene Martínez, le denuncian por abusos sexuales. La Audiencia Provincial de Madrid cerrará el caso porque han prescrito los delitos de los que se le acusa. Que cada uno piense lo que quiera.

SÍDNEY- 2000

Experimento una mezcla de vergüenza, rabia y desconsuelo. Toda la vida, toda la puñetera vida esperando que llegue este momento y lo acabo de tirar todo por la borda.

He competido en Europeos y Mundiales antes y prácticamente nunca he fallado. Un Mundial es facilísimo: cinco días allí y listo. Pero unos Juegos Olímpicos son dos semanas de una tensión descomunal, con el añadido de que todo el mundo está esperando la primera medalla del país, porque la gimnasia está siempre al principio del calendario. Y ahí me doy cuenta de que sí puedo fallar, y justo en el momento mas importante de mi vida.

Si antes de fallar, la perspectiva de esperar nueve días hasta la final de salto ya se me hacía una eternidad, en ese momento mi cabeza es incapaz de calibrar no solo si optaré a medalla en suelo dentro de cuatro años, sino si seguiré siendo gimnasta en 2004.

La gimnasia es música, es ritmo. El sonido marca los movimientos. Pam. Pam. Pam. Pam. Si sabes llevar el ritmo entiendes la gimnasia. Pam. Pam. Pam. Pam. Y tras tres días de no poder seguirlo, porque me había quedado temporalmente sordo por la explosión de mi fallo garrafal, de repente puedo volver a escuchar la música [...].

Hay días, da igual si estoy compitiendo o no, que me ducho hasta seis veces. La ducha es mi forma de meditación: analizo, me escucho, hablo conmigo mismo. Cuando estoy mal me meto en la ducha y con cada gota que recorre mi cuerpo siento que me voy regenerando.

Empiezo a correr y no titubeo en ninguno de los trece pasos que tengo que dar. [...] He tenido que bajar un poco más para asegurar la caída, pero lo he controlado y no he movido ni un milímetro ni el dedo pequeño del pie izquierdo. No me hace falta esperar a ver las puntuaciones para saber que lo he bordado. [...] Está todo zanjado: he hecho el salto más difícil que hay y lo he clavado. Vaya si lo he clavado. Pese a ello, flipo al ver la nota: 9,80. Dios santo, la nota más alta de todos los días de competición.

Acabamos de lograr la primera medalla de la historia de la gimnasia artística española. En ese momento todo lo pasado da igual: las hostias de Marasescu en las piernas, los desplantes de Enric, las peleas con Alfredo y Marco Antonio, las lesiones, las lágrimas de soledad en el CAR, las mil horas de entrenos, las renunciadas, los sacrificios, la ansiedad, el llanto incontrolable de una semana antes en el lavabo más triste del mundo... Todo ha valido la pena.

Ganar la medalla olímpica no me permite jubilar a mi madre, como yo deseaba, pero sí poder pagarle el viaje a ella y su pareja a Argentina tras veintiocho años sin ver a su familia.

ALERGIA

A mí lo que me provoca alergia es el oro australiano. En concreto, se me inflama el ego y la vanidad. Me tiño el pelo de color dorado a lo Dennis Rodman [...], pues dicen que yo soy el chico malo de la gimnasia, una etiqueta que al principio me mola y luzco con orgullo. Durante un tiempo lo gestiono mal, me creo Dios, no toco el suelo. Y cuando te crees Dios suelen venir los problemas. [...] Menos mal que viene rápido la hostia y se me quitan las tonterías en un santiamén.

El primer círculo en mi particular descenso a los infiernos es el de las lesiones. Llevo tiempo con problemas en los hombros y tendré que pasar dos veces por el quirófano en apenas tres meses [...].

Le digo a mi padre, *el Pepe* para todos y *el papa* para mí, que me voy un rato con ella y su amiga. Y lo que tiene que ser un rato se convierte en seis años con Ainhoa. Pronto vislumbro que aquello no puede salir bien, que va a ser un caos y que no va a durar para siempre. Y, pese a ello, me lanzo de cabeza a probar ese triple mortal carpado.

Después de un año y medio sin poder participar en un torneo, empiezo a recuperar sensaciones a finales de 2002. Aunque aún no me siento físicamente bien del todo, en poco más de un mes gano el Campeonato de España en suelo y salto, la Copa del Mundo de París en suelo y me llevo la plata en este aparato en el Mundial de Debrecen (Hungría). Siento que lo peor ya ha pasado, pero la pesadilla no ha hecho nada más que empezar.

EL REY DE LAS CANTINAS

Contesto sin mirar, pensando que es otra vez el periodista, pero esta vez oigo la voz de mi padre.

—Gervi, ¿es verdad que has dado positivo por marihuana?

—Sí.

Empieza la locura.

Son tres positivos por maría en un mes, que en realidad es el mismo porque se ve muy claramente que en cada análisis hay menos cantidad. Yo me desmarco de todo el mundo: de mi entrenador, de mi padre, de mi madre, de mi hermano... Mi mundo pasa a ser Ainhoa, mis perros y la noche de Viladecans. No quiero saber nada de nadie fuera de ese microcosmos.

Porque la victoria, en el deporte y en la vida, se construye sobre el aprendizaje de mil derrotas. Dentro y fuera del tapiz. Ellos no entienden nada de eso, pero se creen con derecho a hablar solo porque ocupan cargos de corbata.

Me cae la sanción que me tiene que caer, que no pueden ser más de tres meses. Saben que no he hecho trampa y me sancionan sin competir en un trimestre en el que no hay torneos. Solo quieren darme un palo para que el resto de los gimnastas del mundo no cometa el mismo error. Me usan de cabeza de turco.

—O paras seis meses o te quedas en una silla de ruedas — me asegura el médico sin parpadear. [...] Pero cuando me sueltan la bomba lo primero que hago es irme a tomar cinco cervezas solo por Madrid, llorando de bar en bar. Y de allí me voy a Viladecans, donde de julio de 2003 a febrero de 2004 vuelvo a las andadas de fumar porros y beber. Estoy intentando anestesiar el dolor que me produce parar esos seis meses, pero lo único que consigo es aumentarlo.

Paso de ser el rey de la gimnasia al rey de las cantinas, como cantan Violadores del Verso. Hay un after, el Merci, al que puedo ir caminando desde mi casa. Mal asunto. Muy, muy mal asunto. [...] Todo el mundo me saluda, no solo porque soy famoso, sino porque paso allí casi tanto tiempo como los camareros. Así de fácil y así de mierda. Alcohol, cocaína, pastillas... heroína nunca, por suerte.

Qué cagada el día que probé el alcohol y me quedé ahí, porque yo no lo necesitaba. Ahora, obligado a estar parado y con la angustia y la rabia reconcomiéndome, sí que lo necesito para que el tiempo se acelere.

Hasta que un domingo llamo a la Federación Española y les suelto que necesito irme ya al CAR de Madrid. Pero ya de ya. [...] Un domingo por la noche me fumo el último peta antes de coger un avión rumbo a Madrid y empezar por fin al día siguiente mi preparación olímpica de verdad y a contrarreloj.

Hasta un mes antes de que se encienda el pebetero de Atenas no estoy clasificado para el equipo definitivo; hay otro en mi lugar. Me esfuerzo al máximo hasta el último segundo, peleando contra mis fantasmas internos después de cuatro años de mierda. Porque si pierdo este tren no sé si seré capaz de esperar hasta que pase el siguiente cuatro años después. No sé si es la última llamada no solo para mi carrera como gimnasta, sino para que mi vida no descarrile definitivamente.

—Gervi, voy a sacar a este gimnasta de la lista y lo voy a hacer por ti. Tú lo has hecho una vez, y si tú dices que puedes, confío en ti.

ATENAS- 2004

Al haber fallado en la final y no en la primera jornada, esta vez no tengo ocho días para comerme la olla. Y, además, no dejo espacio para que la cabeza dé muchas vueltas, porque me afano en cortocircuitarla a conciencia [...]

Compito a las tres de la tarde y paso de ir al entrenamiento matinal. Entrenar por la mañana no me ha servido de nada en la final de suelo, así que para la de salto me quedo durmiendo la mona y voy directo al OAKA [...]. Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo, como decía el sabio del mostacho.

Me coloco primero. He salido séptimo, así que solo queda uno por saltar: Dragulescu. Ya está, soy medalla otra vez. El rumano saca la mejor nota (9.900) con el primer salto, que para mí es el mejor salto de todos los tiempos hasta ese momento. [...] Al ir más lento de lo que ha entrenado, no llega al trampolín como debería y se come el potro de tal manera que una vez sale despedido en lugar de ir en línea recta ya sale absolutamente en diagonal. Es imposible que salve la recepción. [...] Al verle caer, mi primera reacción instintiva es de pena. Pienso «pobre tío», porque es mi amigo. Pero, un microsegundo

después de sentir lástima por él, me doy cuenta de que soy campeón olímpico por segunda vez.

Me abrazo con fuerza a Álvaro, sabiendo que se la jugó al creer en mí cuando muchos me daban ya por perdido. [...] Es, junto a Lev, la persona por la que más respeto tengo en el mundo de la gimnasia. Le estaré eternamente agradecido.

Cabrónes, os lo dije hace cuatro meses en el Tribunal de Arbitraje Deportivo en Lausana (Suiza). Os prometí que yo no había ganado nunca con trampas y que iba a volver a ganar. Y lo he vuelto a hacer.

APEGOS FEROCES

He tenido suerte con los compañeros que me he encontrado en la gimnasia y en la vida. Me siento afortunado de tenerlos conmigo. Los llevo en mi corazón. La gente va y viene, no soy melancólico en ese sentido, pero cuando quiero a alguien, lo quiero muy intensamente.

Mientras me fumo un peta contemplo ese cielo increíble, el cielo más bonito que he visto en mi vida. Un manto de estrellas que te viste de los pies al alma. Y en ese momento me pregunto qué cojones estoy haciendo aquí, perdido en medio de la nada entre Argentina y Chile, cuando lo que tendría que estar haciendo es preparar el Mundial de Stuttgart, el torneo clasificatorio para los Juegos de Pekín-2008.

PEKÍN- 2008

Como soy mucho más consciente, el segundo metal olímpico no se me sube a la cabeza. He gestionado bien mis entrenos y he ido en buena progresión en suelo [...].

[...] hasta que un día, al salir de entrenar, veo que tengo un mensaje de mi madre diciéndome que la llame en cuanto pueda. Cuando consigo hablar con ella, me cuenta que mi perro Hash, que lleva conmigo siete años, está con una depresión de caballo desde que me fui. Que ha perdido veinte kilos en apenas dos semanas[...]Cuelgo y me planto en el despacho del director de la Blume, José Ramón López Díaz-Flor.

—Me voy a Barcelona porque mi perro se muere.

—¿Cómo que tu perro se muere? — responde, intentando procesar la información.

—Que sí, que mi perro está con depresión y se muere. O me dejáis que me lo traiga o que les den por culo a los Juegos, me piro.

Solo lleva allí una semana cuando me ve llegar y se pone a dos patas. Es enorme y con una uña de la pata derecha delantera me rasca el ojo izquierdo. Pego un alarido que lo asusta a él y a media Blume. De repente no veo nada por ese ojo.

Mi reinado ha durado ocho años. Ahora que venga otro y suba al trono. Ya no es el mío, abdicó, esa no es la corona que quiero. Estoy harto del salto. El metal que verdaderamente deseo es en la prueba de suelo.

Pero cuando empiezo ya sé que no voy a ganar al chino Kai. Le han dado una nota exagerada (16.050), inalcanzable para mí, aunque su ejercicio no ha sido ni mucho menos excepcional. El mío es mejor, pero me quedo con 15.775, la plata, que es lo máximo a lo

que podía aspirar. Es la primera vez que siento que me han robado en unos Juegos Olímpicos.

VIVIR PARA CONTARLO

Yo no lo sabía aún, pero, con veintisiete años, tan solo me quedaban tres meses de gimnasia en las piernas. Tras la plata olímpica ya no volví a competir. No me veía con fuerzas de estirar mi carrera hasta los treinta y uno para poder llegar a Londres-2012. Desde que en 2011 anuncié mi retirada, mi vida ha sido una montaña rusa. [...] La cabeza me va a mil revoluciones y la única manera que tengo para conseguir que pare, aunque sea un solo instante, es bebiendo. Al menos, eso es lo que creo yo.

Mi misión a partir de entonces es hacer todo lo que pueda para encontrármela y pasar el mayor tiempo posible con ella. Así empezarán casi cuatro años de relación, y por ella me quedaré en Madrid después de los Juegos de Pekín.

En ese periodo de impasse que empezó tras mi última competición estaba enfadado con el mundo. No me sentía cómodo con nada ni con nadie. Me había quedado sin objetivo, no sabía qué coño se suponía que tenía que hacer con mi vida y lo pagaba con ella. [...] Pero el primer día de 2012 voy camino de casa de sus padres para suplicarle que me dé, que nos dé, una nueva oportunidad.

Cojo el móvil y me quedo helado al leer el mensaje: «Gervi, no hay forma fácil de decir esto. Tu compañero y exgimnasta Andreu Vivó ha muerto de un paro cardíaco mientras hacía deporte en medio de la montaña».

Pero estoy convencido de que tiene que ser un error, estoy seguro de que si le llamo me lo pillará fijo. Y por eso marco el contacto de Andreu. —Me lo coge seguro, me lo coge seguro, me lo coge seguro, me lo coge seguro — murmuro. Como si fuera una oración que pudiera traerlo de vuelta. Pero me salta el buzón de voz. Le seguiré llamando. No solo esa noche, sino cada día durante semanas.

Estoy tan solo a un cuarto de hora de casa de los padres de Raquel, aunque nunca llegaré allí. La llamo para decirle lo que ha sucedido y le digo que ahora no puedo ir a verla. [...] No sé cómo sería mi vida si hubiera conseguido llegar a ver a Raquel. Si hubiera recibido ese mensaje más tarde, o al día siguiente, o nunca. Pero la cuestión es que lo recibí... Ese mensaje me desmontó la vida entera. Nunca más vi a Raquel.

Desde que falleció, cuando voy en el coche y suenan en la radio Els Pets, Sopa de Cabra o Sau, a los que yo antes aborrecía tanto, ya no cambio de dial. Como homenaje a Andreu. Han ganado un oyente. Bueno, lo han mantenido. Andreu no está, pero yo los escucho en homenaje a él, muchas veces entre lagrimones.

LA VIDA ES JUEGO

En 2013, con treinta y dos años, cinco después de competir por última vez y dos después de hacer oficial mi retirada, vuelvo a preparar saltos para ganar un concurso. Me pongo a entrenar como un cabrón y vuelvo a contener la respiración a la espera de las notas del jurado. La diferencia es que esta vez en lugar de medallas hay 50.000 euros en juego y no caigo sobre una colchoneta, sino dentro de una piscina.

Es la única victoria que tendré en la larga sucesión de derrotas desde mi retirada: la muerte de mi queridísimo Andreu, la pérdida de Raquel, problemas de salud de mis padres y mi intento infructuoso de pasar de campeón olímpico a entrenador de gimnastas que persiguen el mismo objetivo.

CHOCAR CON LA REALIDAD

Entreabro los ojos al escuchar el repiqueteo insistente de unos nudillos contra el cristal. Giro la mirada para esquivar un haz de luz antes de procesar mentalmente que no estoy en mi cama, sino en el coche de mi herma-no, empotrado contra una casa y rodeado por dieciséis mossos d'esquadra.

Es la segunda vez que me empotro por ir bebido. Al menos esta vez no he reventado la luna con la frente [...].

Dejo de conducir borracho, pero no de beber. El alcohol ha estado presente durante casi toda mi vida. Si estoy mal, bebo porque estoy mal; si estoy bien, bebo porque hay que celebrar algo; si no pasa nada, bebo para que pase algo. Cuando compito no tengo tiempo de estar haciendo el imbécil todo el día, porque tengo un objetivo muy claro. Cuando ese objetivo desaparece, me quedo a la deriva, sin rumbo, y tan solo queda la botella.

Ahogado en un mar de alcohol, en 2016 dejo de trabajar en el CAR de Sant Cugat. Me he dado cuenta de que no puedo ser entrenador en el CAR porque yo soy gimnasta olímpico, no entrenador para gimnastas olímpicos, y mi mente no puede soportar todo esto. [...] lo que me ocurre es que me siento un fracasado. Me fustigo, me bloqueo, me rebelo contra mí mismo.

RÍO- 2016

Me despierto en la cama del hotel de Río de Janeiro hecho polvo. Tengo una sequedad en la boca que parece que me haya tragado toda la arena de la playa de Ipanema. No es una resaca normal. Todavía me da vueltas la cabeza cuando me levanto.

—¿Qué pasó ayer, Gervi? — me pregunta arqueando sus espesas cejas. Abro la boca para contestar y de repente arrugo la frente. La verdad es que no lo recuerdo bien.

Además de triste, decepcionado y enfadado, empiezo a encontrarme un poco mal, medio mareado. Así que me despido de las chicas y me voy para el hotel. Allí me pego una ducha que hace que me sienta un poquito mejor. [...] Y después de volver allí ya no recuerdo nada más. Yo me he pegado fiestas toda mi vida, en el planeta entero, y me acuerdo de todo.

—Gervi, creo que no lo estás entendiendo. He venido porque me ha llamado la directora del hotel porque habían venido a matarte.

No se me ocurrió hacer la búsqueda que sí hago en el móvil cuando ya estoy en el aeropuerto escoltado por cuatro personas de la organización y el tío del COE: «burundanga». Veo que los efectos que esta droga deja al día siguiente son exactamente

los que experimento desde que me he despertado: visión borrosa, dilatación de las pupilas, estupor, estado de conciencia parcial, taquicardia, sequedad bucal, dificultad en el habla, fiebre, somnolencia, amnesia aguda...

Hay quien pensará que en Río ya estaba mal. No: estaba mal pero iba tirando, y ahí gripo del todo. Me parte la vida, me mata emocionalmente [...]. No pueden llegar a entender el daño que me hace que nadie me crea. Tanto que en medio año entiendo que no puedo más y decido pedir ayuda.

RENACIDO

En 2017, tras seis años peleándome conmigo mismo, siento que voy a estallar. Ya no puedo más, estoy saturadísimo. Llego pedo dos días seguidos a mi gimnasio de La Mina.

En 2010, dos años después de ganar mi última medalla olímpica y cuando ya llevo dos años sin entrenar, presento un proyecto con varios exdeportistas, como Víctor Cano, Andrea Fuentes y Carlos Sorolla, entre otros. Vengo de una familia sin recursos y a mí el deporte me cambió la vida. Y se nos ocurre que no hay un sitio mejor para abrir un gimnasio que donde menos recursos hay.

En los primeros años de vida del gimnasio, de 2010 hasta 2017, no veo un duro. Me encargo del gimnasio altruistamente porque puedo. [...] Al estar allí cada día me doy cuenta de que tengo un equipo de trabajo muy malo y egoísta. Pese a que sigo intoxicado, es demasiado evidente que piensan más en su crecimiento personal y económico que en la labor social. Yo me voy poniendo nervioso, porque cada vez hay menos alumnos. Pero eso no disculpa la forma en la que reacciono con ellas en aquel momento.

Convoco una reunión con los padres de mi equipo de competición y vienen unas sesenta personas. Les hablo sin tapujos. Y con lágrimas en los ojos les confieso que no estoy pudiendo gestionar mi vida como debería. Les pido perdón y les digo que ahora mismo no me puedo ocupar del gimnasio y que me tengo que ir.

Hace un mes que sé que tengo que dar ese cambio de rumbo vital. Desde que el 6 de enero a mi madre, que siempre ha estado bastante delicada de salud, le da un infarto y yo no puedo estar a su lado todo lo rápido que hubiera querido.

Cruzo el umbral de la clínica de desintoxicación el Día de los Enamorados, aunque sé que en ese centro solo me quieren por dinero. Me da igual. Cuando me llevan para allí me dicen que serán tres días, pero al llegar me sueltan que la estancia mínima son tres meses. Al final me pasaré entre esas paredes nueve meses. Tardo lo que dura un parto en volver a nacer, en volver a la vida, y salgo de allí por mi cumpleaños.

Porque, pese a haber llegado al punto de necesitar ir a un centro de rehabilitación, sigo creyendo que yo no soy un adicto, que puedo dejarlo cuando quiera, aunque la realidad es que nunca lo hago.

La primera parte es la más fácil, el trabajo de verdad viene con la segunda. Cuando las aguas bravas se calman y se evapora el alcohol, empiezo a ver qué hay en el fondo.

Llevo acelerado desde los cinco años. Siempre en el ojo del huracán. Ahora, por fin, puedo estar con Gervi, con el que no pasaba tiempo desde hacía años. Esos nueve meses estoy con Gervi. Gervi con Gervi, Gervi contra Gervasio Deferr. Nada del campeón olímpico, nada de la estrellita de la gimnasia.

Poco a poco voy descubriendo que no consumo por necesidad física. Entiendo que lo que me pasa, como a muchísima gente, es por incapacidad de gestionar mis emociones.

Y yo estoy acostumbrado a ganar. Para ganar las veces que gané tuve que perder muchísimas otras, por eso también sé perder. Pero sé perder en gimnasia. En la vida me cuesta más.

Tumbado en la cama de mi celda, de paredes blancas y tan impersonal como una habitación de hotel, pienso muy a menudo en Lev. Murió con sesenta y cinco años sin haber podido dejar nunca el alcohol pese a todos los problemas que le acarreó. Sabía mucho de gimnasia, pero no cómo gestionar su vida. Se acomodó en la bebida y dijo que no quería dejarlo. No quiero que me pase lo mismo.

Así que empiezo a jugar mi partida de ajedrez, adaptándome a las nuevas reglas del juego: comer bien, descansar, charlar... Comparado con la exigencia de la gimnasia, está chupado.

—Claro, para ti es fácil porque estás acostumbrado a la disciplina de los entrenamientos — me echa en cara una de las terapeutas. —No, es fácil porque cuando no estoy intoxicado lo hago bien.

Creo que la primera vez que pensé en el suicidio tenía unos quince años. Me daba asco el mundo entero y sentía que todo era injusto y que las cosas no eran como tenían que ser, pero aun así no las podía cambiar. Y no es que esa idea haya estado rondando permanentemente por mi cabeza durante muchos años, pero sí que se ha cruzado por mi mente de vez en cuando, en momentos de debilidad.

Aunque venden que quieren ayudar a la gente, solo van detrás de la pasta. Si realmente quisieran hacer una labor social, no cobrarían lo que cobran, precios inasumibles para la mayoría. Si solo te importan los ricos de la sociedad, es que en el fondo no te importan las personas.

No me avergüenza haber pedido ayuda, ni quiero quitarme la etiqueta de persona que ha pasado por un centro de rehabilitación. No la luzco con el mismo orgullo que las medallas olímpicas, pero no quiero ocultarla.

EL ORO DE LA MINA

Mi salvación está en La Mina. Lo que había empezado como un proyecto para ayudar al barrio a salir del estigma de las adicciones es lo que me ayudará a mí a empezar una nueva vida libre de ellas.

Cuando tomo las riendas del gimnasio de La Mina al cien por cien, la junta directiva me pone un sueldo. Hasta que no lo necesito no lo pido. Aunque sea menos de lo que podría ganar en otra parte, me da una recompensa que va mucho más allá de lo económico.

Pese a que no les dejo ver los entrenamientos en directo, después les mando vídeos y audios con explicaciones de todo tipo. Porque sé lo mal que se sentía mi madre cuando Alfredo no les daba ninguna explicación.

Con los chavales tienes que ser conciso y claro, y hablarles con cariño, aunque seas duro. Porque la vida es así. Porque si no les hablan duro hasta los dieciocho años, un día que un jefe se ponga un poco borde con ellos dirán: «Me cago en la puta, qué ha pasado».

Cuando volví, el gimnasio de La Mina agonizaba: en noviembre del 2017 apenas había cuarenta niños apuntados. Reestructuramos el equipo técnico, dado que habíamos echado al anterior, y de esta manera conseguimos terminar esa temporada con noventa niños y muchísima ilusión. Ahora hay ciento veinte, además de una larga lista de espera de más de cincuenta. Y sigo con las mismas ganas, la misma ilusión del primer día.

Les digo a mis alumnas y alumnos que yo no soy más listo que nadie. No sé de casi nada. Pero de esto sé muchísimo, aprovechémoslo y pasémoslo bien. Les insisto en que siempre hay dos opciones, la buena y la mala, y que a la hora de elegir, al final van a estar ellos solos.

REYES Y HEREDEROS

Esa reflexión sobre la vida y la gimnasia la comparto también en una entrevista en *El Periódico de Catalunya* a finales del 2020. [...] Para la sociedad vuelvo a renacer a raíz de esa entrevista, que se vuelve viral. Los cuatro minutos del vídeo me cambian la vida otra vez. Como si hubiera ganado unos Juegos Olímpicos de nuevo trece años después. Me siento abrumado y eternamente agradecido por los cientos de mensajes de cariño que recibo.

Simone se da cuenta muy rápido. Y no solo da un paso al lado, sino que además, con tan solo veinticuatro años, da un paso muy valiente. Otro diría: «Me he torcido el tobillo, no compito más», y ya. Pero ella no esconde el motivo real, sino que explica públicamente que está priorizando su salud mental.

[...] con Ray Zapata no puedo contener las lágrimas durante la retransmisión de su concurso de suelo, en el que conquista la plata. El mismo metal y en el mismo aparato de mis últimos Juegos en Pekín, trece años antes. No solo me alegra que España tenga otro medallista, sino que sea él. Porque tenía que ser él. Solo él podía ser mi heredero. Aunque casi nadie lo viera en su momento.

No entiendo cómo nadie, ni el Comité Olímpico Español, ni la Federación, apuesta por ese talentazo que con diecisiete años ya se ve que tiene algo diferente al resto. Empiezo a preguntar y me dicen que había solicitado una de las becas para poder ingresar en el CAR de Madrid, pero que se la habían negado, aduciendo que ya era demasiado mayor. ¿En serio? «Yo me retiro ya. Dádmelo, dádmelo», les digo.

Antes de la final le mando un mensaje a Ray:

«La guerra no ha terminado. Solo controla tu respiración y sé valiente. Lo tienes todo a favor para conseguir la ansiada medalla. Sé que puedes, demuéstraselo al mundo entero. Un beso enorme y te veo mientras lo comentamos en RTVE».

«Love you», me escribe cuando ya tiene la medalla colgada.

AMORES SIN CLÁUSULAS

A las personas que he querido, las he querido con todo mi ser, y a las que he perdido, las he perdido por mi culpa. Igual no he sido culpable de todo, o no siempre. Soy muy intenso, no solo para lo positivo, sino también para lo negativo.

Estando con Raquel retomo los estudios, porque me digo que no puede ser que tenga medallas olímpicas y no tenga estudios. [...] Pienso en que me gustaría llegar a tener mi gimnasio y me doy cuenta de que no puedo decirles a mis chavales «estudiad, sacad buenas notas, que los estudios son importantes», si yo no me he sacado ni siquiera la ESO. ¿Cómo les voy a vender la película a mis alumnos si su profe no tiene ni los estudios mínimos? Me avergüenza no haberlos terminado. No ha sido por vago, sino porque me dedicaba a ganar Juegos, pero ahora que ya sé que no llegaré a los de Londres-2012, ya no tengo excusa.

Sin saber cómo gestionar el vacío que siento desde la retirada y bebiendo para no pensar más, me vuelvo loco. María lo lleva mal, como todo el mundo que está cerca de mí. Hay personas que cuando se emborrachan se ponen babosas, a otras les da por ser pesadas, algunas se vuelven violentas y otras se adormecen. Yo, cuando bebo de más, me pongo faltón, imbécil. Un gilipollas de todas todas.

La única relación que he retomado una y otra vez ha sido la de la Pollito, como siempre la he llamado cariñosamente. Han sido más de dos décadas de no relación.

VICIOS Y VIRTUDES

Si he tenido cuatro o cinco relaciones importantes en mi vida y ninguna ha salido bien, igual el problema lo tengo yo. Por muy importantes que ellas fueran para mí, nunca iban a estar por delante del deporte.

Han sido muchos años de estrés. Demasiados. Me he reventado psicológicamente y ahora necesito vivir a otro ritmo para que sea factible poder tirar adelante. Ya no me quiero pelear más. Lo que tenía que decir gritando ya lo he dicho. El que quiera escucharme, ahora tendrá que afinar el oído.

Un día, tomando uno de esos barreños de café americano largo que bebemos en cantidades industriales, le confieso lo que pasó cuando le dio el infarto. [...] Se queda flipando, pero, como siempre, reacciona desde el máximo apoyo y comprensión. Al final no podemos elegir cómo somos, vamos trampeando como buenamente podemos a medida que van pasando las cosas.

Después de separarse mis padres estuvieron muchísimo tiempo sin hablarse. Pero cuando estuve mal y necesité ayuda por temas de gimnasia o de gestión de mi vida, se juntaron. Ahí no les tembló el pulso ni dudaron ni un solo instante en unir fuerzas.

¿Cuánto dinero se llevan los países por la venta de alcohol? ¿Cuántas familias ha destrozado y cuántas muertes ha provocado? Si pudiera tirar atrás y cambiar algo de mi vida no sería aquel porro que me fumé, sino que bebería unos cuantos litros menos de alcohol.

Tras siete años equivocándome, en La Mina intento ganarme la vida y hacer el bien en un barrio donde tenemos un grave problema de tráfico de drogas. Estoy ahí para decirles a los más jóvenes que hay otras cosas y que en La Mina también se puede hacer deporte.

¿Cuánto tiempo de preparación necesitas para dejar el deporte de alto rendimiento? Porque yo entrené durante veinticinco años para ser campeón olímpico, y para la retirada te preparan durante solo seis meses. No, perdona, no puede ser.

Tienes que entender que te jubilas con treinta años, pero que no es para parar, sino para empezar de cero; que no puedes quedarte en el sofá a ver la vida pasar, sino que tienes que moverte y currar como cualquiera. Sabía que iba a ser así, pero cuando llegó el momento fue un golpe brutal y tardé casi diez años en encontrar el camino correcto.

Después de la clínica, este libro ha sido una última gran terapia, la terapia definitiva. Muchos sabían de mí que gané medallas y perdí una por un porro. Ahora he contado todo lo que casi nadie sabía. Algunos podían hacerse sus películas, pero esta ha sido mi realidad. Si alguien está en una situación similar tiene que saber que no va a ser fácil, pero igual esto le ayuda y se da cuenta antes de tener un problema insalvable.



Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 689 771 980 / E: easpas@planeta.es